

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Casa del abuelo Fernando, vive en un pueblo a veinte kilómetros del pueblo de María. Habitación sencilla, cálida, abundantes libros, un cierto armonioso y personal desorden hay en la habitación que la hace doblemente agradable. Fernando y Andrea (una amiga) ambos de edad, Andrea un poco más joven. Es la hora de la comida, Fernando coloca la mesa. Andrea sentada en una butaca lee.

Fernando. -(Entrando con una fuente). He aquí mi dulce amiga, un besugo al horno, por el que cualquier mujer se enamoraría locamente de mí.

Andrea. -(Irónicamente). Nunca me han gustado los besugos.

Fernando. -(Muy serio, pero con ironía). Lo sé, siempre te han gustado los troskistas, y como a tu gran amor, troski, te gustaría ver a todos los anarquistas al horno.

Andrea. -¡Asombroso! Te has convertido en un perfecto besugo.

Fernando. -(Haciendo un gesto de chulo). Es una lástima, que no te guste este besugo, porque haríamos la revolución anarco-troskista-sexual en esta casa.

Andrea. -(Con cariño y cambiando de voz). ¡Que tonto eres! ¡Anarco de mierda! (se levanta, va hacia él, y lo abraza). Me gusta el besugo al horno y los hombre como tú, pero nunca me acostaré contigo.

Fernando. -Esto es lo que hacen cuarenta años de militancia en el Marxismo, acentuar la represión. Pasáis de la religión católica a otra religión realmente represora.

Andrea. -El apóstol del amor libre.

Fernando. -Las dos palabras más hermosas, las palabras de mayor grandeza que ha creado la humanidad. Amor y libertad unidos. Amor libre.

Andrea. -(Sentándose). Fui joven, que hermoso es ser joven.

Fernando. -¡Somos jóvenes!

Andrea. - Siéntate, comamos y no seas carcamal.

(Llaman a la puerta de la casa, se escuchan golpes de llamador manual).

Fernando. - A estas horas, ¿Quién podrá ser? (se levanta y sale) (se oyen voces alegres de recibimiento, entran María y Fernando. Fernando lleva cogida por la cintura a María). Andrea, ésta es María, la más hermosa de todas las nietas. Este cachorrillo lleva mucho de mi sangre.

María. - (Seria). Todavía no lo sé.

Fernando. - Pero yo sí. Reconozco el espíritu libre, toda mi vida me he movido entre ellos, tú tienes la fuerza de las almas grandes, tienes la fuerza de la presencia todavía sin desarrollar. Pero la tienes.

María. - Tener abuelos, es tener publicidad gratuita (María saluda a Andrea).

Andrea. - Siéntate, comeremos lo que Fernando ha preparado.

ESCENA SEGUNDA

Fernando entra en la sala, lleva cogidas por el brazo a María y a Andrea. Vienen de dar un paseo, están joviales y alegres y algo bebidillos. El ambiente es muy cálido.

María. -Hace tiempo que no me he reído tanto. (Dirigiéndose a Andrea). Es simpatiquísima la señora de la taberna, admirable su humor.

Andrea. -Cuando dijo que el ebanista es el carpintero señorito y que todavía hay quien dice que todas las profesiones son iguales, iba por tu abuelo. Claro que Fernando tampoco se quedó corto al decirle que la nombraba la mejor bautizadora del pueblo.

María. -No entiendo. ¿Por qué bautizadora? (Fernando riéndose y todos después con él).

Andrea. -Por echarle agua al vino.

María. -(Se acerca a un extremo donde se encuentra una guitarra, la coge en sus manos). Como me gustaría saber tocar la guitarra, siempre ha sido un secreto deseo insatisfecho.

Fernando. -(Acercándose y besando emocionado a María en el cabello). Ya lo he dicho, lleva mi sangre, la misma frustración que yo, saber tocar la guitarra. Jamás he logrado hacerlo, me es imposible, debo tener condones en los oídos. (el efecto de los vinos tomados, se manifiesta, y todos ríen de lo que dice Fernando).

Andrea. -(Riéndose) ¡Que brutal!

Fernando. -La realidad es cruda, la divinidad o la naturaleza son quienes han sido brutales conmigo. (Serio pero irónico). Yo que soy todo delicadeza, que soy tan sensible al arte, soy condenado a escuchar en lugar de notas musicales, los rebuznos de la señora de la taberna. Los oídos vírgenes por mi lado, son jodidos por otro (se ríen). En la cocina hay frutos secos, traedlos mientras voy en busca de una sorpresilla, traed también unos vasos. (Mientras Andrea prepara los frutos secos, María de espaldas se acerca a un mueble, ojea los libros, leyendo algunos autores y títulos en voz alta).

María. -"El apoyo Mutuo", "Dios y el estado", "La conquista del pan", "La tía Tula", "Poesías de Miguel Hernández", "Ética", "Crítica a la razón pura", "La dama de las camelias" (lo toma en sus manos, lo abre y lee en voz alta la dedicatoria) "Al hombre que amé más que a mi propia vida, al hombre que amé hasta la locura. A Fernando que me hizo amar de esta manera". Victoria, Valencia, 1950. (Entra Andrea con una bandeja con vasos y platillos con frutos secos, María le muestra el libro con dedicatoria).

María. -Andrea, lee esto.

Andrea. -(Lee en voz baja, luego dirigiéndose a María). Sé que ha amado a varias mujeres, pero él nunca me ha contado nada de sus amores.

María. -No puedo creer que no te haya contado sus amores, ni que tu nada le hayas preguntado sobre ellos.

Andrea. -Fernando y yo nunca hemos sido amantes. Nada me ha contado, la curiosidad hizo que le preguntase varias veces. Siempre me contestó, un día de estos.

María. -(Con sorpresa). ¿Entre vosotros, nada de nada?

Andrea. -¿Nada de nada? ¡Todo de todo!. Tengo de Fernando el cariño y la amistad incondicional. Es importante ¿No lo crees así?

María. -Sí, pero yo pensaba que tú y él.

Andrea. -Yo soy su amiga del alma, nos visitamos y estamos juntos. Sus amantes son otras y de ellas nada sé, tristezas y alegrías, todo se lo calla. Lo conozco bien, y sé que necesita estar enamorado, constantemente enamorado.

María. -¿Todavía ahora, se enamora a su edad?

Andrea. -A su edad se puede amar tan locamente como en la tuya y a veces más locamente aún.

María. -Es increíble, nunca lo hubiese imaginado.

Andrea. -¿Por qué?

María. -A las personas de edad que conozco no las veo enamoradas, sus matrimonios son aburridos, monótonos, a menudo cargados de discusiones. Tienen más cara de aburrimiento que de felicidad. Sus ojos son tristes, no son brillantes, como cuando se está enamorado.

Andrea. -Estás hablando del matrimonio, eso nada tiene que ver con el amor. El matrimonio es la tumba del amor. Deja libre a cada una de esas personas y las verás adquirir una energía que hasta ellos mismos desconocían. El corazón humano es como un pájaro con las alas atadas, sí se las suelta volará. Mientras esto no suceda, irán muriendo lenta y aburridamente.

María. -No quisiera acabar así.

Andrea. -(Acariciándole el cabello). Sólo está en tus manos el poder evitarlo, los demás nada podemos hacer.

María. -A veces tengo muchas ganas de llorar y lo hago hasta que no puedo soportar el dolor de los ojos enrojecidos, o hasta que el sueño me vence.

Andrea. -(Intentando alegrar a María). Nunca llores de día. Si tienes que llorar hazlo de noche, las estrellas te parecerán más bonitas.

María. -(Riéndose). Seguiré tú consejo, cuando vuelva a llorar, lo haré por las noches.
(Entra Fernando con dos botellas de champán Francés, ha oído lo que ha dicho María).

Fernando. -¿Quién habló de llorar?. ¿Y qué consejo es ese de llorar de noche?

María. -Andrea dice que al llorar de noche las estrellas parecen más bonitas. Es un consejo al que haré caso.

Fernando. -Entonces recibe de mí otro consejo. No llores delante de tus enemigos, les proporcionarías un gusto enorme. Si tienes que llorar, hazlo en compañía de tu amigo, él sabrá secar tus lágrimas con sus besos.

María. -¿Y si no se tiene amigo?

Fernando. -(Serio). Tan sólo los miserables no tienen amigos. (Cambiando de tono y alegremente). He aquí las dos últimas botellas que me quedan es francés "Möet Chandon". El champán siempre ha sido mi debilidad, esta bebida es la preferida por las putas francesas y por mí que ni soy puta, ni francés.

María. -Nunca he probado champán francés.

Fernando. -Yo nunca he probado la coca-cola.

María. -(Riendo). No compares.

Fernando. -No hago comparaciones, por eso nunca he probado la coca-cola, tú sin embargo bebes coca-cola y no has probado el champán francés.

Andrea. -¿Es cuestión de dinero, o de buen gusto?

Fernando. -De ambas cosas, pero me inclino a pensar que es más cuestión de buen gusto que de dinero. El dinero suele guardarse absurdamente en los bancos ¿Ahorrar, por qué y para quién?. Esta sociedad se basa en el trabajo y en el ahorro. Conocí a una persona a la que un jamón le duró 10 años. (A Andrea, entregándole una botella). La primera la abrirás tú.

María. (A Fernando con el libro de la Dama de las Camelias en la mano). ¿Quién era Victoria?

Fernando. -Una ciudad vasca.

María. -(Riendo). No, Victoria, la mujer que te dedica este libro en el año 1.950 en Valencia.

Andrea. -Sí, ¿Quién es esa Victoria?

Fernando. -Otro día os lo digo.

Andrea. -No, no, hoy.

María. -Hoy, tienes que contarlo hoy.

Fernando. -Mañana os lo contaré, os doy mi palabra. Mañana os hablaré de Victoria, una auténtica mujer. (Andrea abre el champán, llenan las copas).

Andrea. -(Sirviendo el champán). He aquí la gaseosa más cara del mundo.

Fernando. -Dirás la más rica del mundo. Cuando bebes champán, una burbuja te da un beso en los labios, otra te besa los ojos, otra la mejilla así hasta que la cabeza seducida, se deja ir y llevar como dama indolente al mundo de la alegría.

María. -(Cogiendo la copa en sus manos y viendo arrobada el líquido). Desde hoy ésta será mi bebida.

Fernando. -La alegría es saludable, teniendo motivos para estar y ser alegre. De no ser así, hay algo falso, las burbujas no besarán tus párpados, ni tus sienes, tampoco sentirás su cosquilleo en el paladar.

María. -¿Para qué la guitarra, si no sabes tocarla?

Fernando. -Siempre hay alguien que sabe tocarla, Andrea por ejemplo.

María. -(A Andrea) ¿Es cierto?

Andrea. - Sí.

María. -¿Tocarás?

Andrea. -Después de esto (levantando el brazo en alto con el vaso). No creo que pueda hacerlo.

Fernando. -(Cogiendo la otra botella y dándosela a María). Hazlo ahora, cuando vaciemos esta botella no serás capaz ni de coger la guitarra.

Andrea. -Solo tocaré un poco. (Coge la guitarra, toca muy bien, y comienza a sonar algo clásico, de repente pequeños trozos de canciones populares que todos cantan. Mientras cantan, beben vaciando la botella, todos están visible y alegremente ebrios). (Andrea deja la guitarra, todos están riéndose, Fernando se levanta de la mesa algo tambaleante, se dirige al mueble y pone un disco, canción "no hay derecho a que no dejen a las masas llevar flores en los pechos". Andrea y Fernando bailan, después Fernando baila con María, luego bailan cantando los tres juntos. Finaliza la música,

Fernando, María y Andrea se sientan. Fernando sale fuera de la escena, se oye su voz).

Fernando. -(Gritando). ¡Emilio! ¡Emilio! ¡Emilio! ¡Despiera, hostia! (pausa, María y Andrea rien).

Emilio. -(Gritando). ¿Que pasa? ¿Que ocurre?.

Fernando. -(Gritando). Emilio, se acaba el mundo, hoy es el apocalipsis, la guerra nuclear, la invasión de los bárbaros del Este y del Oeste. Banderas con hoces y martillos nos atacan por la izquierda, banderas con estrellitas nos atacan por la derecha, y nosotros, tú y yo en el medio. Jericó fue derribado con música, este apocalipsis puede pararse con tu acordeón, sálvanos, sálvate, salva a la humanidad entera tocando tu acordeón.

Emilio. -(Gritando). ¡Estás loco! ¡Son las tres de la madrugada!.

Fernando. -¿No oyes el retumbar de los cañones, el pisar de las botas militares? ¿No oyes los himnos patrióticos, música con la que seremos sacrificados?. ¡Escucha, Emilio! ¿No oyes la trompeta del juicio final?. Conjura con tu mágico acordeón esa música que ni al mismo Nerón se le ocurriría componer, llega a mis oídos

Emilio. -¿Estás loco, o borracho?.

Fernando. -¡Ambas cosas!.

Emilio. -¡Ah!.

Fernando. -¿Emilio?.

Emilio. -¿Qué?.

Fernando. -¡Eres un pimiento!.

Fernando. -¿No tocas?.

Emilio. -¡No!.

Fernando. -¿Quien construyó los muebles del comedor de tu casa?. ¿Y tu cama, y la habitación de los niños?. ¿Quién te hizo la barca?. Esa hermosa barca, envidia de magnates, financieros y jeques árabes. ¿Qué manos han hecho eso?. ¿Eh? ¿Quién? ¿Quién?.

Emilio. - Tú, tú.

Fernando. -¿Y cuánto te cobré por el trabajo?.

Emilio. - ¡Nada!.

Fernando. -Como me debes el favor, toca el acordeón y no seas pimienta, que eres un pimienta.

Emilio. -Si te pones así, tocaré. Porque eres tú, que conste. (aparece en escena Fernando).

Fernando. -Vamos a la ventana, digo al palco, vamos a asistir a un concierto nocturno. Obras variadas, solista, Emilio el pimienta.

(Salen todos riendo, el escenario queda vacío y en penumbra, se oyen risas y voces. La música proviene de la ventana de la casa de enfrente).

Voces. -Si los curas y frailes supieran
la paliza que van a llevar
subirían al púlpito gritando
libertad, libertad, libertad,

(voces y risas intercaladas entre todos. Se escucha la "Varsoviana" tocada con el acordeón. Nadie canta, tan solo se oye suavemente la música de la canción, las notas del acordeón van apagándose lentamente.

ESCENA TERCERA

El mismo decorado, la misma habitación anterior, Andrea y María recogen y arreglan el desorden del día anterior.

Andrea. -Lo que es bueno, es bueno. Lo demás son tonterías.

María. -Hemos bebido las dos botellas y no tengo ni el más ligero malestar.

Andrea. -Fernando, no suele beber, pero tiene provisión de las mejores botellas. Las abre cuando la compañía lo merece.

María. -¿Está acostado todavía?

Andrea. - Todo lo contrario, aunque se acueste tarde se levanta temprano. Estará en el taller, mantiene una rígida autodisciplina de trabajo.

María. -Voy en su busca, tengo que hablar con él (Sale).

ESCENA CUARTA

Entrán Fernando y María.

María. -Cuéntame lo de Victoria.

Fernando. -Cuando salí de la cárcel, en el año 50, nadie estaba esperándome en la puerta. Sospeché entonces que ni la mujer con quien me había casado me esperaba. Las cárceles de aquellos tiempos eran terribles, los regímenes penitenciarios brutales, las cárceles de hoy, sí las comparamos, parecen hoteles.

María. -¿Durante cuánto tiempo estuviste en ese infierno?

Fernando. -Diez años. Diez años son muchos años, sobre todo cuando se es joven. Salí y lo primero que hice fue dirigirme al barrio de mujeres, busqué entre las chicas que allí había, a la más guapa, a la mejor formada, busqué a la más inteligente de todas. Busqué la chica que más se parecía a la mujer con la que había soñado durante todos esos años. Cuando la encontré, le dije "he estado diez años en prisión, quiero que me enseñes a hacer el amor. Enséñame a amar, he pasado diez años odiando, y el odio no debe permanecer más *de un día en* el corazón de un hombre.

María. - ¿Aceptó?

Fernando. -Puse todo el dinero que tenía sobre sus rodillas. Opino que una mujer no tiene precio, necesitaba de ella y ella buscaba el dinero. Se lo di sin condiciones, ni límites de tiempo.

María. -¿Te enamoraste de ella?

Fernando. -En esos momentos un poco. Ella, sospecho que mucho de mí.

María. - ¡Increíble!

Fernando. -La mujer con quién me había casado se avergonzaba de un marido expresidiario, ni ella ni su familia quisieron recibirme. Intentaron impedirme que viese a mí propio hijo, tu padre. Eché la puerta abajo, ví a mi hijo y a la mujer que se avergonzaba de

mí. Fué uno de los momentos más dolorosos que he tenido. Ese mismo día tomé un tren que me conduciría a los brazos de Victoria.

María. -¿Volviste junto a ella?

Fernando. -Sí, y esa vez la amé locamente. Me había desprendido de trabas y cercados. Un año y medio a su lado, durante ese tiempo no soportábamos estar alejados uno del otro.

María. -¿Y ella? ¿Te amó de la misma manera?

Fernando. -Me amó tanto como yo a ella. Pero el amor es como el viento, una vez que realiza su cometido se aleja. Y cuando eso sucedió, nos separamos.

María. -Es hermoso, debió de ser muy hermoso.

Fernando. -Lo fue, puedo asegurarte que lo fue.

María. -Parece de cuento, me gustaría vivir algo así, aunque sólo durase un día.

Fernando. -Estas cosas duran más de un día.

María. -Mi preocupación se centra ahora en otras cosas. A propósito, estuve observándote trabajar, parecías acariciar la madera. ¿Es muy difícil construir un mueble?

Fernando. -Depende del mueble, en general no es difícil.

María. -¿Que pasos sigues hasta que está totalmente acabado?

Fernando. -Lo primero que se hace es diseñar el mueble, hecho esto, diseñas sus partes y los pormenores. Por ejemplo. -un pié curvo de una silla lo dibujas a su tamaño y lo calcas sobre un trozo de madera, de ella, con trabajo y calma saldrá la pieza exacta.

María. -(Interesada). ¿En cuánto tiempo se podría aprender el oficio de ebanista? De ebanista normal, sin ser nada extraordinario.

Fernando. -Depende de las actitudes e interés del aprendiz, depende también del maestro ebanista.

María. -Si el maestro es un buen ebanista y el aprendiz pone todo de su parte, ¿cuánto tiempo?

Fernando. -Si es así, en tres años y ayudado con la maquinaria moderna, se puede ser un ebanista que supere incluso a muchos de los que hoy se dedican a este oficio.

María. -(Alegre). ¿Sólo tres años? ¿Crees que sería suficiente?

Fernando. -Sí aprendiz y maestro reúnen actitudes, tres años sería suficiente. ¿Por qué ese interés por la ebanistería?

María. -Curiosidad, nada más.

Fernando. -(Se dirige al mueble, pone en funcionamiento el tocadiscos, suena el 'Peer-Gin' de Grieg). ¡Que hermosura el Per-Gin!, Friz Lang utiliza esta música en la película "El vampiro de Dusseldorf". ¿Sabías que Grieg compuso el Per-Gin por insistencia de Ibsen?

María. -(Muy seria). No sé quine es Friz-Lang, Ni Grieg, ni Ibsen, ni he oído en mi vida el Per-Gin.

Fernando. -¿De dónde has salido criatura?

María. -(Riendo). De un pueblo a 30 km de aquí, he vivido en el seno de una familia de lo más normal, bien considerada, y me han educado en colegios de monjas. En una palabra, he recibido auténtica educación española.

Fernando. -(Irritado). Sólo te falta añadir, "soy castellano, viejo, no sé leer ni escribir". En este país todavía se le rinde culto a la ignorancia.

María. -(Sonriendo). A la ignorancia y a otras cosas.

Fernando. -A demasiadas cosas, cada pueblo tiene lo que se merece. Un pueblo de ignorantes merece la estúpida ignorancia como único trofeo, como el máspreciado galardón.

María. -(Interesada). ¿En cuánto tiempo pueden aprenderse todas esas cosas. Saber de arte, literatura, historia, música, cine, de todo lo que hay que saber.

Fernando. -Un buen discípulo y buenos maestros, tres años a lo sumo. Tres años para tener sólidos cimientos culturales.

María. -(Alegre). ¿Los mismos tres años que para la ebanistería?

Fernando. -No, el mismo tiempo de dedicación exclusiva. Serían por tanto, seis años.

María. -Seis años es mucho tiempo.

Fernando. -Se puede reducir el tiempo de aprendizaje.

María. -(De nuevo alegre). ¿Sí? ¿Es posible? ¿Cómo?

Fernando. -(Irónico). Los americanos, pueblo tan práctico como estúpido, han inventado unas pastillas con las que en un tratamiento de dos meses se pueden adquirir conocimientos de cualquier materia. Se venden en farmacias, con receta médica.

María. -(Riendo). Eso es lo que necesito.

Fernando. -No tienes más que pedir pastillas para gilipollas. Con un par de tubos obtienes el conocimiento concentrado.

María. ¿En tres años podría aprender el oficio de ebanista?

Fernando. -(Serio). ¿Tú?

María. -Sí, ¿por qué no podría ser ebanista?

Fernando. -(con sorpresa). Me resulta extraño.

María. -Si sólo es eso ...

Fernando. -Extraño, y no logro comprender los motivos.

María. -¿Qué harías si no supieses hacer nada con qué obtener el dinero indispensable para vivir?

Fernando. -¿Por qué tantas prisas?. Si estás en apuros económicos puedo darte un dinero que tengo y que no utilizaré nunca.

María. -Quiero ser independiente, debo tener una economía propia. Me han educado para que no sepa hacer nada.

Fernando. -Me temía una cosa así.

María. -¿También para ti es incomprensible?

Fernando. -¿Incomprensible?

María. -Sí.

Fernando. -Me asombra que hayas soportado tanto tiempo esa situación.

María. -No te entiendo.

Fernando. -¿Eres tonta o son los residuos de educación religiosa que alberga tu cabeza, los que te impiden que tengas luces?. No eres acaso lo que deseas ser, independiente y dejar de vegetar, para sentir el calor y el color de la vida?

María. -Sí.

Fernando. -Ya has soportado estóicamente la situación de madre y esposa cristiana. (Pausa).
¿Cómo te ha ido?

María. -Bien al principio, mal después.

Fernando. -Te han educado para el matrimonio y te han casado a los veintitrés años.

María. -Me casé por amor, estaba enamorada de Alberto.

Fernando. -No lo he puesto en duda. Alberto tiene diez años más que tú, él era un hombre y tú una niña, él sabía lo que hacía, tu no.

María. -Nadie me obligó a contraer matrimonio, fui a él por mi propia voluntad, deseaba estar a su lado, no separarme de él.

Fernando. -Me parece perfecto, no podría ni debería ser de otro modo, nadie te obligó, sin embargo, fuiste empujada al matrimonio. Esa es la diferencia.

María. -Me gustaba su forma de hablar, me encantaban sus palabras, todo él me gustaba.

Fernando. -Y todo el tiempo te parecía poco a su lado.

María. - Sí.

Fernando. -Y como era capitán de navío, las ausencias las suplías con largas ensoñaciones. El deseo de verlo, de permanecer más tiempo a su lado, te inclinó a casarte.

María. -Sí, en eso me engañé.

Fernando. -Te engañaste y te engañaron. Nadie te explicó el tipo de vida que lleva la mujer casada con un marino. ¿Nadie te habló de eso?

María. -Un poco, apenas, pero aunque me hablasen mucho no habría hecho caso, lo amaba tanto.

Fernando. -Lo suponía, confundes el amor con el matrimonio. A los veintitrés años hay que amar apasionadamente, con locura y hasta el delirio. ¿Qué tiene que ver el que dos personas se amen para casarse?

María. -Lo tiene todo, sino me hubiese casado no podría estar a su lado, siempre viéndonos por horas y a hurtadillas, evitando la fiscalización familiar y la de todo el resto de las personas.

Fernando. -No se os ha ocurrido otra cosa mejor que oficializar vuestra relación, que todo el mundo supiese que estabais casados. Para ello recurristeis a la iglesia, al estado y a la familia. Lo que tratabais de ocultar lo propagasteis a los cuatro vientos.

María. -Nos amábamos, teníamos muchos proyectos juntos.

Fernando. -Puedo asegurarte que no hay mayor proyecto ni empresa más difícil, que retener el amor. Sobre todo, a partir del segundo año.

María. -Vivir juntos era impensable para mí, y para él también. Además no me lo habrían permitido.

Fernando. -Añade que no os atrevisteis, tenías miedo. Dime, ¿miedo a qué y a quién?

María. -No lo sé, me casé sin meditar lo que hacía. Ahora me arrepiento, aunque eso ya no sirve de nada. Me queda una mínima esperanza de volver a vivir, y tengo tan pocas ganas, tan pocas fuerzas para intentarlo.

Fernando. -Separaos e intentar rehacer vuestras vidas.

María. -Me asusta mucho, no sabes lo que me cuesta tomar una decisión.

Fernando. -¿Todavía indecisa?

María. -Indecisa, sola y aterrada (a punto de llorar) y con temores infinitos.

Fernando. -(Enternecido). Sin exagerar, mi pequeña luz. Acaba de amanecer y ya temes a la noche.

María. -Nada sé hacer, no sé además que hacer, no tengo amigos, a nadie conozco. El pueblo, es un pueblo de ratas, de ratas hambrientas.

Fernando. -Acampa en otro lugar, donde las ratas abunden menos.

María. -Eso haría si pudiese salvar todas las dificultades.

Fernando. -¿Tu marido qué dice de todo esto? ¿O es acaso tu marido la principal dificultad?.

María. -No he hablado con él, no fui capaz, no me he atrevido, la verdad es que tengo miedo.

Fernando. - Todo eso es normal que suceda. Destaca la falta de confianza entre vosotros. De ahí que tengas miedo y no seas capaz de hablarle de tí, de tus sentimientos, que temas mostrarle tus decisiones. Vuestra vida, además de aburrimiento, debe ser un engaño mutuo.

María. -Casi no hemos vivido uno al lado del otro. Su trabajo lo alejó de mi lado, ahora hace que sea yo quien de él se aleje.

Fernando. -¿Por qué no cambió de trabajo?.

María. -Alberto es muy especial, el dinero es una obsesión para él. Le pagan cuatro veces más de lo que le pagarían trabajando en tierra, es oficial. Hemos hablado de esto, y

no admite discusión. A veces pienso que el dinero es para él, lo más importante. Hemos comprado el piso, el coche que apenas utiliza. El resto del dinero lo atesora y guarda sin motivo alguno en bancos.

Fernando. - Absurdo, ridículamente absurdo.

María. - Sí, quiere tener dinero porque sí, por el dinero mismo. Nunca logré entenderlo.

Fernando. - Tengo más años que tú, bastante más experiencia, y nunca he logrado entender al 90% del cívico ciudadano que me rodea. Los cristianos tienen el precepto de amar al dinero sobre todas las cosas, también aman al dinero más que al prójimo y que a si mismos.

María. - Además es terriblemente celoso, es celoso de todo el mundo; si alguien se queda mirándome, se enfada. Es insoportable cuando se pone así.

Fernando. - Los celos degradan al hombre. Impiden que el espíritu se eleve sobre las mezquindades humanas. Hemos mantenido tres años de guerra contra el general Franco y su barbarie, treinta años más tarde, todavía siguen los mismos problemas individuales. No hemos avanzado un sólo paso, más bien hemos retrocedido los pocos que habíamos dado. (Pausa). ¿Te quiere?

María. - Dudo que me quiera.

Fernando. - ¿Y tú?

María. - No lo sé, unas veces siento mucho cariño por él, otras veces no. Cuando estamos juntos los celos le impiden hablar, llego a odiarle en momentos así.

Fernando. - ¿No tienes un amigo? ¿No tienes amante?

María. - (Con cara de asombro, por lo inesperado de la pregunta). No.

Fernando. - ¿No?

María. - ¡No!

Fernando. - ¿Eres capaz de retener los deseos de amor durante tanto tiempo?

María. -Procuro no pensar, no pensar en nada.

Fernando. -Los deseos surgen solos, es una fuerza irresistible que derriba a su paso todo lo que encuentra. Contra él nada valen ni religiones, ni normas morales, es la naturaleza la que actúa, quiere ver como sus criaturas son felices. (Acercándose a ella con ternura). Mi pequeña luz, mi dulce amanecer, qué mal debes haberlo pasado, cuánto debes haber sufrido.

María. -Bebía, bebía para no pensar, bebía hasta embotarme, el alcohol hacía su efecto.

Fernando. -¡Tu marido es un imbécil!.

María- No es malo.

Fernando. -No, es imbécil. Y tú, con tantas represiones morales encima, puedes montar unos grandes almacenes.

María. -No te burles de mí.

Fernando. -(Enfurecido, no con ella, sino contra todo y contra todos). Ni me burlo ni te compadezco, cada cual tiene lo que se merece.

María. -(Activa). ¿Qué hice yo para merecer esto? ¿Dímelo?.

Fernando. -¿Qué hiciste?. ¿Cogiste acaso el yugo con el que te habían uncido y le partiste la crisma y el alma, si fuese necesario, a quien te lo puso?. ¿Te enfrentaste abiertamente a tu situación, como debe hacer una mujer?. ¿Intentaste desprenderte de los prejuicios que te atan como ternero que va a ser degollado?. Dime, ¿has intentado ser mujer, y abandonar de una vez para siempre el infantilismo adolescente?. ¿Qué has hecho para merecer esa vida? (con énfasis). Has hecho todo para merecerla, has sido opositora y has llevado el número uno. (Pausa). ¿Tus padres, qué dicen de todo esto?.

María. -(Impresionada tras las palabras de Fernando, se encuentra avergonzada, pero contenta, en su rostro se refleja la alegría de quien se sabe comprendida. Lo que su abuelo acaba de decirle no es sólo por ella, es por todo lo que anteriormente han hecho con ella). Qué quieres que digan. Ya los conoces, no entienden o no quieren entender. Me llevaron a un psiquiatra.

Fernando. -(Irónico). Van evolucionando, lo normal es que te llevasen a exorcisar.

María. -Me llevaron a un psiquiatra, me internaron en un sanatorio.

Fernando. -Una mujer que tienen mal de amores y los muy cretinos la llevan a un psiquiatra.

María. -Quiero romper con todo, pero no tengo quien me ayude. Si quisieras, tú podrías hacerlo. Podrías enseñarme ebanistería, aprender de ti y de Andrea, aprender a vivir, no sé vivir, ni me han enseñado ni me han dejado.

Fernando. -(Pasea por la habitación). El niño, ¿te quedas con el niño o se lo dejas a su padre?.

María. -El niño se viene conmigo, nada en el mundo será capaz de separarme de él.

Fernando. -Todavía no has hablado con tu marido, no sabes si se opondrá. Puede denunciarte y marearte con leyes y abogados.

María. -No creo que lo haga, además no podría cuidarlo, para él seria un estorbo.

Fernando. -Ojalá tengas razón. Los hombres como tu marido son mezquinos, creen en la propiedad y tú eres de su propiedad. Herirás su orgullo, no te dejará en paz.

María. -No me quitará el niño, no se atreverá.

Fernando. -Se atreverá, lo intentará, aunque solo sea por hacerte daño. Legalmente puede intentar conseguirlo.

María. -Jamás le daré a mi hijo.

Fernando. -¿Sigues queriendo que te ayude?.

María. -Estoy sola, si tú no me ayudas, nadie lo hará.

Fernando. -Aprenderás de mí todo lo que sé; una vez que lo hagas, irás a Valencia, tengo allí un amigo que completará tu aprendizaje. Irás a clases de dibujo y modelado, aprenderás idiomas, iremos a ferias y exposiciones de muebles, fotografiarás y dibujarás muebles de época. Trabajarás sin descanso, antes de los tres años dominarás a la perfección el arte de la ebanistería.

María. -Tendré que vivir aquí contigo.

Fernando. -Serás un socio, los beneficios los dividiremos en dos partes, tendrás dinero de sobra para ti y para el niño. Los trabajos los cobro muy económicos, a los amigos se los hago gratis, a los que tienen poco dinero también, pero el que tiene dinero, paga por todos los demás y si no quiere, que se vaya a otro ebanista. No sé por qué, pero no se van. ¿Te parece bien?

María. -Sólo quiero que me ayudes.

Fernando. -Eso hago, lo demás depende de ti.

María. -Me preocupa Alberto. ¿Crees que podría quitarme el niño?

Fernando. -Como primera medida, consultaremos al mejor abogado. Conozco uno, no es mala persona, gusta del dinero, pero es el mejor. Si no da resultado, yo mismo hablaré a tu marido, sé por experiencia que las leyes y los trámites de tribunales son una parodia. No debes preocuparte, nadie te quitará al niño.

María. -¿Y si insiste?

Fernando. -No insistirá.

María. -¿Estás seguro?

Fernando. - Estoy.

María. -¿Qué le dirás?

Fernando. -Eso depende de él, no de mí. (cambiando intencionadamente de conversación).
Deberías recoger tus cosas e instalarte aquí, ahora debes aprovechar el tiempo.

María. -No quisiera molestarte con el niño, siempre has vivido como has querido.

Fernando. -¿Molestar una mujer joven? ¿Molestar un niño, y además de mi sangre? Los niños tan solo molestan a los que no los comprenden. Un niño es la alegría que faltaba en esta casa, al hacernos viejos vemos en los niños la fuente de la vida, somos los dos

extremos, el alba y el anochecer, el despertar y el sueño. Los niños adoran a los ancianos y los ancianos adoran a los niños. La naturaleza sabe muy bien lo que hace.

María. -Aún así, importunaremos.

Fernando. -Con que no te metas en mi vida, todo está solucionado. No corrijas mis manías, llevo tanto tiempo con ellas que nos hemos hecho compañeras inseparables. Por ejemplo, no como hamburguesas, ni salchichas.

María. -(Sonriendo). Ni bebes coca-cola.

Fernando. -Ni bebo coca-cola, ni me gusta hacer la cama.

María. -¿Soportarás tú mis manías?

Fernando. -Tus virtudes querrás decir.

María. -(Riendo). También tengo manías.

Fernando. -(Acercándose a ella y cogiéndole las manos). Adoro tus manías. ¿Cuándo vendrás con el niño?

María. -La semana próxima, durante estos días arreglaré algunas cosas pendientes y escribiré largamente a Alberto.